

— ¡Qué mula ni qué nada; siga usted en ella!

— No, mi general, suba usted, que al fin yo no descompongo casa.

Corona reflexionó, y subiendo en la mula siguió un recodo por donde había visto introducirse á Martínez.

— Don Angel, le ordenó violentamente y echando pie á tierra; levántese porque ahí le matan.

— No puedo, mi general, me estoy muriendo.

— Arriba, amigo, si no, aquí nos cogen.

Ya se oía la algazara de los franceses, que recorrían el bosque llenos de regocijo; de cuando en cuando escuchábamos los disparos con que quizás acababan con nuestros amigos.

— ¡Apriétenle, amigos, que por aquí hay una travesía! ¡Ándele, general Martínez, déle á la *macha*, que ya es tiempo de aparejar y ver las que están pasmadas!

Y cogiendo del ronzal la mula de don Ángel la hizo saltar un paso peligroso y luego siguió el camino guiándonos á todos.

— Por esta veredita, Olivos; ándele, Barrera, que esto no consiente que lo meditemos.

Y él corría con una agilidad pasmosa, con un trotecillo que no menguaba un punto, mientras yo iba sintiendo que el monte me daba vueltas, que los árboles me seguían en aquella mi carrera vertiginosa, que las peñas y los barrancos me hacían ceremonias ó se inclinaban

hacia mí, y que me mataban, un dolor que se me había aposentado en los dos vacíos, la horrible sed de la fatiga, el temblor de las piernas y la lasitud de todos los músculos que se negaban á obedecerme más tiempo.

Llegamos á la cima del cerro y allí vimos á los generales que con relativa tranquilidad nos esperaban. Era aquel un sitio repuesto y escondido, sombreado por árboles centenarios y refrescado por una fuentecilla que bajaba sin estrépito de lo alto de una peña: parecía una clepsidra que midiera el tiempo, que tan lentamente debía de correr en aquellas soledades; abajo espejeaba, á los rayos del sol que conseguían cōlarse por los ramazones de los árboles, un pocito de agua clarísima que transparentaba todas las arenillas, todas las piedrezuelas del fondo.

Ver aquello y lanzarme á beber fué todo uno; pero Martínez me gritó á tiempo:

— Cuidado, hombre, si bebe, se amuela.

Oyó el grito del general, Barrera, el ayudante de Corona, y lívido, con los ojos extraviados, la voz llena de súplicas y el ademán resuelto, se inclinó á la fuente diciendo:

— Mi general... yo... yo bebo... me muero... ¡ay!

Y pegó los labios al tazón que el golpe del agua había formado en la roca. Un rato oímos los lengüetazos del sediento, después conocimos que el agua le descendía por

el gargüero, luego escuchamos un gemido, vimos que el capitán abría los brazos y que caía de bruces sobre la roca.

— ¡Barrera! le grité asustado.

— ¡Ya este capulín se heló, cordones! dijo Martínez tratando de bajar de la mula. Se lo prediqué bastante; no es el primer caso que veo y...

— A ver qué le hacemos, gritó Corona acudiendo á recoger al malogrado, que estaba con los brazos extendidos, los ojos vidriosos, los bigotes destilando agua, los labios en actitud de succión y mojada la punta del cabello lacio y negrísimo.

— Barrera, Barrera... Siéntenle... Que respire... Hay que moverle los brazos.

Todavía lanzó un gemido, abrió los ojos, meneó las pupilas en las órbitas, extendió los brazos y las piernas y se quedó sin movimiento.

— Hay que enterrarle, exclamé enternecido.

— No hay tiempo, dijo Corona.

— ¡Qué ha de haber tiempo!

Y como si hubiera sido una respuesta á nuestro diálogo, resonó en el bosque una descarga y yo sentí en el brazo derecho un golpecillo seco que atribuí á un guijarro que saltaba.

— Adelante, ordenó Corona.

— Sí, adelante, confirmó Martínez.

— Adelante, dije yo echando á correr todavía con más prisa.

Ibamos cuesta abajo y fué posible, después del descansillo que habíamos tomado, seguir sin gran fatiga; pero el brazo derecho empezaba á dolerme mucho y á pesarme más.

— ¿Qué le pasó, capitán? me preguntó Martínez.

— ¿En dónde, señor?

— En ese brazo.

— Caramba, si lo trae lleno de sangre, confirmó Corona.

Me miré, y pude convencerme, doblando el codo, de que estaba herido y que era lesión de bala la que me había tocado.

— Póngase esta *mascada*, me dijo el general, y sígale sin parar que no hay tiempo para muchas cosas.

Media hora más corrimos sin detenernos, y al fin nos albergamos en un ranchito en que nos dieron á todos unas tortillas para matar el hambre, y á mí agua clara con que curar mi herida, que me dolía terriblemente.

Por la tarde los generales se restituyeron al Verde, que era el abrevadero de Martínez, y yo, conducido por un guía, vine á este mineral á curarme el que habíamos pensado fuera horrible destrozo del miembro, y que al fin resultó cosa mucho más sencilla é inocente.

Al otro día supe que los franceses habían asesinado

cruelmente á los pobres oficiales que cogieron en el baño, y que nuestra persecución no fué tan activa porque creyeron haber matado á Corona al acabar con el teniente coronel Romero, que era uno de los bañistas. Cuando se convencieron de su error, se dieron á todos los demonios y se pelaron las barbas de rabia, si bien les consoló un poco la ganancia de los caballos árabes, que creían cosa perdida.

Poco duraré aquí curándome; pero creo que no será menos de un mes. Ese tiempo lo pasaré recordando á mi Nena adorada, á mis queridos padres y á mi hijito de mi corazón. A ellos dales muchos abrazos, y tú date, en mi nombre, muchos besos, en tus manos divinas, ya que no puedes besarte los carrillos de lirio ni los ojos de violeta. Tu

Miguel.

DE EUGENIA JECKER Y UBIARCO Á MIGUEL CABALLERO
DE LOS OLIVOS, SU MARIDO

Copala, 1865.

Miguelito de mi alma: ¡qué suerte la mía! cuando te busco y voy tras de ti y deseo curarte y estar á tu lado, tú huyes y vas á dar... quién sabe adónde, quizás adonde no te vuelva á ver, quizás adonde tengas el trágico fin que en sueños he visto tantas veces.

¡Pobre de mí! Haber atravesado tantas leguas, haber pasado tantas aventuras desventuradas por ver á mi maridito de mi alma y encontrarme aquí conque el muy pillo se me escapa, se me va, me deja. ¡Qué tristeza!

El día que nos veamos te referiré todo lo que he pasado, lo que he visto, lo que hemos sufrido tus padres y yo y la falta que nos has hecho. Por ahora te contaré sólo que, después de embarcarnos en Acapulco, venimos á dar á Mazatlán, de donde pasamos á Concordia, al Verde, á Copala, á todas partes: ni sombra de ustedes, que, según dicen los franceses, han abandonado la tierra para no volver más á ella. ¿Es cierto? ¿Qué hago ahora para seguirte? ¿A dónde te voy á buscar?

En nuestro viaje nos ha servido mucho un excelente sujeto, ya de edad, gracioso, de mucha chispa, tan impío que hace que mamá se tape los oídos cuando él habla, medio cínico y lleno de extravagancias.

Papá vive con él los ratos más agradables, y sin la compañía del *Nigromante*, como le llaman al buen señor, no le sabe la lectura del periódico, ni digiere la cena, ni puede estar en paz.

Lo malo es que al señor *Nigromante* le ha dado la chifladura de enamorarse de mí, y que me llena de cumplidos, de esquelitas y de regalos, á pesar de saber que estoy casada y enamoradísima de mi marido. Yo no he querido decirles nada á tus padres temerosa de alarmarles; pero

á ti sí te lo cuento porque me puedes dar un buen consejo. ¿Qué te parece que deba hacer?

Dime dónde vives ahora, pues me descorazona mucho eso de poner en la cubierta de mis cartas el eterno *donde se halle*: no sólo quisiera saber dónde te hallas, sino hallarme á tu lado y compartir tus penas y sufrir tus fracasos y dolerme de tus dolores. ¿Cuándo acabará esta bendecida guerra y podremos descansar tranquilamente, sin zozobras ni mortificaciones?

Adiós, Miguel mío, te quiere más, mucho más que tú á ella,

Eugenia.

DEL *Nigromante* Á EUGENIA JECKER DE OLIVOS

(Sin fecha).

Señora mía: sabido es que las chochees se reservan para los setenta ó los ochenta años; yo no cuento más que cuarenta y nueve y medio, y ya tengo que acusarme ante usted de una culpa de que no sé si me absolverá: estoy enamorado, enamorado como un cadete, enamorado como un sacerdote que tuviera el freno de su orden, enamorado como una bestia y... enamorado de usted.

Y no salga por el registro de que es casada y no me puede querer, porque yo, á pesar de ser casado, ó por serlo, la quiero á usted con toda mi alma. Si sólo ese fuera el impedimento, me las prometería felices y no

desesperaría de rendirla á usted; pero presumo ó creo que además del casorio tiene motivos muy graves para no pasarme, y esos motivos no se destruirán fácil ni difícilmente, sino que cada vez adquirirán más fuerza: lo viejo y lo feo no se quitan con enviudar, ni usted pierde un átomo de belleza ni de juventud porque esté más casada que Eva en el paraíso.

Me dirá: pero entonces ¿por qué viene usted á comunicarme esas noticias?

Se lo voy á confesar: simplemente porque usted lo sepa, pero sin intento de finalidad; no quiero que usted me quiera; quiero sólo que sepa que la quiero: más bien, no es que no quiera que me quiera, sino que estoy seguro de que no me ha de querer y me curo en salud. Pero no me exija usted en nombre de la epístola de San Pablo, ó de la epístola de Melchor Ocampo, ó de las cacareadas conveniencias sociales, ó de lo que usted más ame, que deje de admirar esa hermosura que se mueve en sus pies y habla en sus ojos; que deje de desear que el diamante de su gracia brille en cerco de oro y no en medio de la pobreza en que yace; y que ya que no pueden iluminar sus facetas los últimos tristes días de este viejo entusiasta y enamorado, hagan la alegría de quien por hábil merezca ganarla y por fuerte pueda guardarla.

Suyo adorador rendidísimo,

El Nigromante.

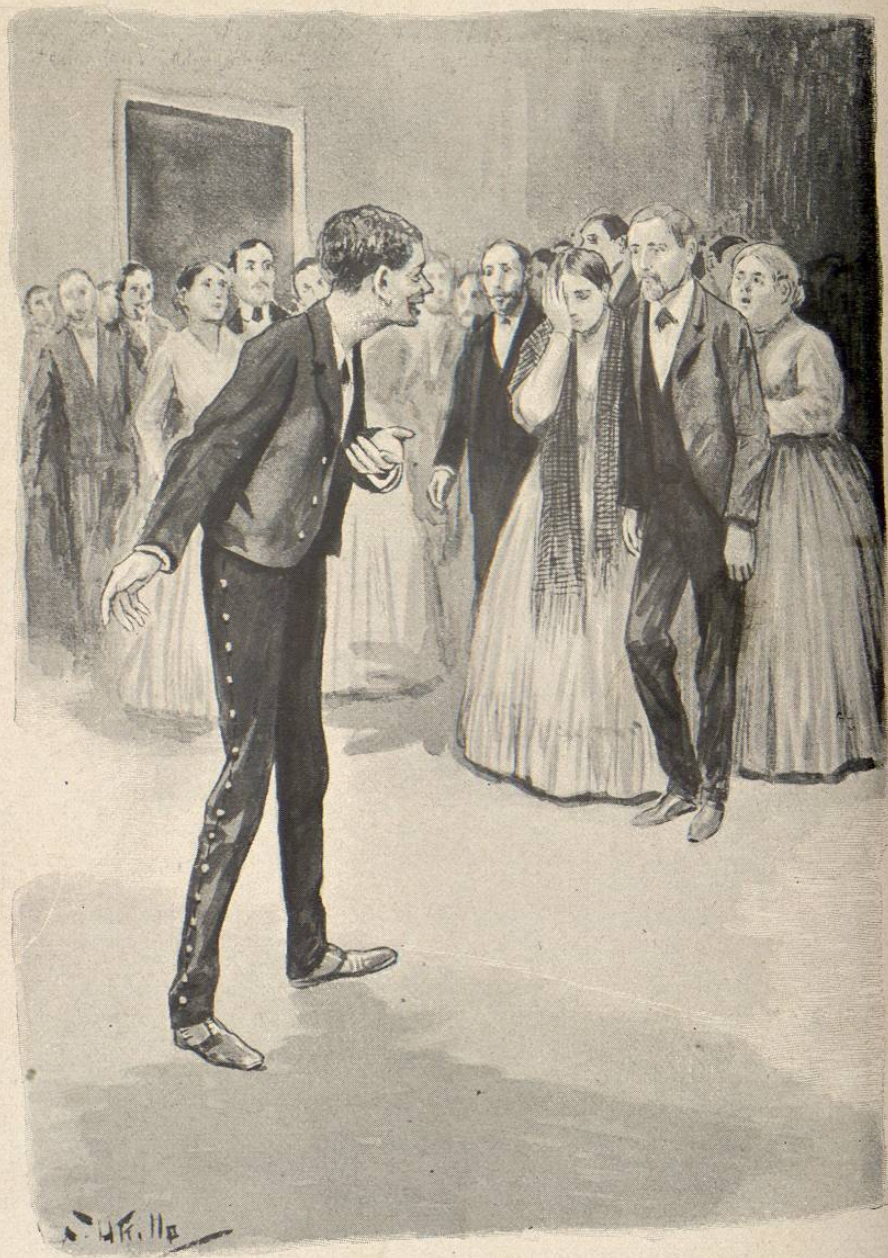
DE EUGENIA JECKER DE OLIVOS Á SU MARIDO

Copala, 1865.

Miguel mío de mi corazón: ¡qué triste, qué horrible acogida nos ha hecho el famoso mineral de Copala, cuya situación, linderos y posición geográfica me describiste maravillosamente!

Tan pronto como los franceses se convencieron de que no existían las guerrillas que les habían dado tanto quehacer, mandaron diversas expediciones punitivas, *razzias* organizadas que tienen por objeto castigar á los pueblos que han manifestado adhesión á los republicanos. Contra este lugar de Copala enviaron una buena cantidad de franceses, al asegurarse de que no había aquí Corona ni cosa que lo valiera, y llegaron decididos á hacer un ejemplar.

Mamá y yo pudimos ocultarnos á tiempo; mas un hombre á quien no conozco le dió soplo de nuestro escondite al jefe francés, y á nosotras, lo mismo que á todas las señoras de la población, nos llevaron á una gran troje dizque con intento de protegernos de cualquier ataque de la canalla. También estaban allí el señor cura, dos ó tres ancianos del lugar, papá y tres caballeros más á quien se había cogido presos. De repente apareció un hombre alto, trigueño, de brazos larguísimos y de piernas flexi-



—Señores, los que deseen pueden escaparse...

bles: parecía un mono que anduviera en dos patas, y si no estuviera segura de que aquel excelente capitán Pasamonte que tú me describes en tus cartas es de ustedes, de los buenos, y no de la gentuza afrancesada, habría creído que era él quien gritó en voz alta en la puerta del cuarto:

— Señores, los que lo deseen, pueden escaparse, pues ahora estoy yo de guardia. Los franceses se proponen fusilar sin remisión á todos los hombres, como que saben que este mineral es de los chinacos en cuerpo y alma... Conque el que no quiera morir de mala muerte, que tome la salida, porque los jefes tardan minutos.

Papá se rehusaba á retirarse; pero nosotras, hincándonos de rodillas, le rogamos nos dejara correr nuestra suerte, pues lo que importaba era que él salvara su vida. A duras penas le hicimos salir.

El malvado aquel, que tanto se parece en los ademanes al gorila del Jardín de las Plantas, se acercó á nosotros y convenció á papá, pues dijo le conocía de nombre.

— No tenga cuidado, señor, le dijo, que de mi cuenta corre la familia... Váyase usted, y de las señoras yo respondo... No se preocupe por ellas y cuidado el pellejo, porque si no éstos le truenan... Ya verá si aprovecharán la oportunidad de fusilar al licenciado Olivos...

Salió papá á regañadientes, y nosotras nos quedamos anegadas en lágrimas; pero ¿qué eran nuestros lamentos

junto á los de todas las pobres mujeres allí congregadas y que se dolían de haber perdido ó de tener en inminente peligro al padre, al hermano, al amigo ó á su propia persona?

No tardó en entrar un pelotón de cazadores de Vincennes: bien puestos los quepis, encerados los bigotes,



limpios los trajes y con un aire marcial que daba gusto, pues parecían volver de una parada y no haber hecho varias horas de camino bajo un sol canicular.

—¿Dónde están los hombres? fué su primera pregunta.

—¿Dónde está Olivos, dónde está el *Nigromante*?

—¿A qué preguntar por esos bribones, capitán, dijo

uno de ellos, si al irse nos han dejado cosas tan bellas como las que vemos?

Y haciendo una caricia en el rostro á una moza alta, morena, con cada ojo como una estrella, trató de cogerla por el talle.

Nunca lo hubiera hecho; la muchacha sacó de no sé dónde un puñal que tenía oculto, y blandiéndole en el aire lo sumergió tres veces en el cuerpo del sargento que la había ultrajado.

Aquello fué la señal: jefes y soldados empezaron á esgrimir sus armas contra nosotras y á dar planazos, á producir heridas contusas y hasta herir de firme.

Hubo entonces hazañas que honran tanto á Francia como á su nobilísimo Emperador: un veterano de bigotes encanecidos al sol de las batallas, golpeó hasta dejarla sin sentido á una vieja de setenta años; un oficial lleno de cicatrices honrosas, quizás condecorado, quizás mencionado en órdenes generales por su valiente comportamiento, hartó á puntapiés á dos niños que se abrazaban de las piernas de la madre; un viejo respetable que tenía tres cintas en la manga, tiró por el suelo á golpes repetidos á un par de mujeres, madre é hija, que procuraban defenderse mutuamente...

Pero luego siguió lo horrible, lo espantoso, lo espeluznante, lo que yo no olvidaría en cien años si cien años viviera: aquellos monstruos se precipitaron sobre las mu-